

MIGUEL TORRES

EL INCENDIO DE ABRIL

TRILOGÍA DEL 9 DE ABRIL

TUSQUETS
EDITORES

MAXI
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *El incendio de abril*

TUSQUETS
EDITORES

© Miguel Torres, 2019

De las fotografías de portada y caja: Luis Alberto Gaitán, "LUNGA".

Todos los derechos reservados Germán Gaitán..

Diseño de cubierta: Amaral Diseño S.A.S. · Diego Amaral

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2019

Calle 73 N°. 7 - 60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-7814-2

ISBN 10: 958-42-7814-2

Primera edición en colección Maxi: mayo de 2019

Impreso por: Colombo Andina de Impresos S. A. S.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

PRIMERA PARTE

El día y la noche 9

SEGUNDA PARTE

La noche 197

TERCERA PARTE

La noche y el día 269

FUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

A mi Rosa de los vientos. In memoriam.

TUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

PRIMERA PARTE

El día y la noche

TUSQUETS
EDITORES

TUSQUETS
EDITORES

Alfonso Garcés Ordóñez

Historiador. Café El Molino.

El campanazo de la iglesia de San Francisco que anunciaba la una de la tarde aún resonaba en mis oídos mientras veía pasar a los apacibles transeúntes que avanzaban por las aceras de la carrera Séptima deteniéndose a cada paso, ya fuera para admirar los balcones adornados de guirnaldas y flores, para curiosear los escaparates de las vitrinas o para comprar el periódico. Nadie parecía llevar prisa. Hacía lo que los bogotanos llamamos un buen día, un poco gris pero soleado, y yo me estaba haciendo embolar los zapatos cuando vi aparecer por la puerta del edificio Agustín Nieto, precisamente frente al lugar donde me encontraba, al doctor Jorge Eliécer Gaitán, algo habitual a esa hora, en la cual el líder solía dejar su oficina para ir a almorzar. Me di cuenta de que lo acompañaba el doctor Plinio Mendoza Neira, quien lo llevaba del brazo, inclinado hacia él, hablándole al oído, y mientras esperaba que nuestras miradas se cruzaran para saludarlo, así fuera de lejos, me cogió por sorpresa el golpecito bajo la punta del zapato con el que se anuncia el final de la embolada. Los dos amigos tomaron rumbo hacia la avenida Jiménez y yo me desentendí de Gaitán para ocuparme del embolador, pero apenas había alcanzado a bajar la mirada cuando oí dos detonaciones consecutivas, a cuyo estrépito el vuelo intempestivo de una bandada de palomas

ensombreció el brillo de mis zapatos. Levanté la cabeza sobresaltado, con los ojos fijos en la acera del frente, pues, a no dudarlo, el sonido de esos disparos venía de allá. Entonces, por entre un reguero de gente que se había quedado petrificada en la calle, logré ver que Gaitán se tambaleaba en un tramo de la acera donde aparte de él sólo se advertía la presencia de dos o tres personas. Una de ellas era un individuo que estaba parado en el quicio de la puerta del Agustín Nieto, delgado y bajito, de sombrero, vestido con un traje azul claro, o gris, a quien me pareció ver con un arma en la mano. Al mismo tiempo, otro hombre desde la calzada, al borde del andén, de vestido carmelito y también al parecer armado, observaba a Gaitán con una atención semejante a la que mostraba el primer individuo. Volví a centrar mi atención en Gaitán, lo vi bracear en medio de los dos como queriendo asirse de alguien o de algo, y en ese instante un tercer disparo repercutió en la calle y Gaitán se derrumbó lentamente hasta caer de espaldas sobre la acera. Creo necesario aclarar que no uso anteojos, nunca los he necesitado, y puedo ver perfectamente desde la entrada del café El Molino hasta la puerta del edificio Agustín Nieto, es decir, a la distancia de la que fui testigo de estos sucesos y aún más lejos, pero todo ocurrió de manera tan imprevista que no puedo decir con exactitud cómo se dieron las cosas, el cerebro, ya se sabe, capta la imagen que prioriza en el devenir de los acontecimientos, y los hechos que relato sucedieron en forma simultánea, sin darme el chance de establecer una secuencia veraz de los mismos. A esto se suma la confusión que se dio inmediatamente, ese gran silencio seguido de susurros y rumores, gente moviéndose presurosa, otras personas saliendo del edificio o todavía inmóviles en los lugares donde los había sorprendido el sonido de los disparos. La sangre de Gaitán ya rodaba sobre la acera cuando se oyó un cuarto disparo. Los que estaban cerca re-

trocedieron y alguien corrió hacia la Jiménez, no puedo asegurar si fue el de carmelito u otro, todo en mi mente era asombro, más que asombro, estupor, ira, desconcierto. Sobre lo que sucedió a continuación, basta decir que en mi afán por ganar espacio entre el lugar donde yo estaba y el lugar donde había caído Gaitán, tumbé el cajón del embolador, quien había desaparecido dejando sus bártulos tirados en el suelo, y cuando atravesé la calle ya había más personas que se aproximaban al cuerpo de Gaitán desde esa misma acera o desde las dos esquinas, la de la Jiménez y la de la calle 14. Como digo, todo sucedió muy rápido, vertiginosamente. Al de gris, porque luego pude constatar que su vestido no era azul sino gris a rayas blancas, volví a verlo parado en medio de los rieles, aterrorizado, con un revólver en la mano derecha, al otro, el de carmelito, lo detuvieron un par de policías en la acera, entre el lugar donde yacía Gaitán y la Jiménez, pero minutos después ya lo habían soltado para capturar y desarmar al hombrecito de gris a quien muchas voces reclamaban como el autor del atentado, entre ellas la de un embolador que al intentar pegarle con su caja y este esquivar el golpe, se lo dio de lleno a la vitrina del almacén Alfonso Puerta. La vitrina se rompió con gran estrépito y los policías avanzaron con el hombre hacia el centro de la calle, rodeados por un tumulto de gente que pugnaba por golpearlo o interrogarlo. Para esos momentos, el único grito que se oía era el de Mataron a Gaitán, y la cuadra ya estaba llena de gente que había aparecido en cosa de minutos llovida de todas partes. Yo estaba parado en la acera, al lado del cuerpo caído de Gaitán, y como muchas personas, entre las cuales distinguí al médico Pedro Eliseo Cruz, me agaché para tratar de auxiliarlo, pero debo confesar que temí lo peor, ya no vi señales de vida en su rostro, miré a Cruz y vi en su expresión un gesto de mortal pesimismo, similar al que debía asomarse a mi cara en aquellos instantes. Cobardes,

le oí decir a Cruz, lo acribillaron por la espalda. A esas alturas, ya no sé quién o quiénes, creo que los mismos policías u otras personas, tal vez con el ánimo de proteger al detenido, habían logrado entrar con él a la droguería Granada, cuyas rejas, cuando fui a cerciorarme, ya estaban cerradas. A mi alrededor la gente corría, se oían gritos, llantos, lamentos, se veían por doquier las desgarradoras manifestaciones de ira y de impotencia de un pueblo enfrentado a su más dolorosa tragedia, pues no otra cosa significaba el atentado del que acababa de ser víctima Gaitán, a quien Cruz y otros levantaron y subieron a un taxi rumbo a la Clínica Central, según oí decir cuando el taxi arrancaba. Decidí subir a la clínica para estar pendiente de lo que pudiera suceder con Gaitán, y en la esquina de la 14 vi que esa multitud enloquecida echaba abajo las rejas de la droguería y sacaba al hombrecito a golpes a la calle. El sujeto tenía la cara ensangrentada y todo el mundo se le fue encima cuando cayó al suelo para seguir golpeándolo, mientras los insultos y alaridos que brotaban de sus gargantas enronquecidas se fundían en un solo grito: Asesino, asesino, asesino. Yo no estoy tan seguro de que ese infeliz haya sido el autor del crimen más horrendo del que se tenga noticia en los anales de nuestra historia. Lo que sí me consta fue que Gaitán se derrumbó con el cuerpo vuelto hacia el Agustín Nieto, a dos o tres pasos de la puerta, luego cabe presumir que si el que le disparó fue el hombre que vi parado en el quicio, Gaitán, a causa de los impactos, giró sobre sí mismo hasta caer de espaldas al piso. Pero también se podría argumentar que el hombre que estaba en la calzada, entre los rieles del tranvía y el borde del andén, el de carmelito, le salió al paso a Gaitán, y Gaitán, al verse amenazado, se dio vuelta con intención de regresar al edificio y en ese momento fue baleado por la espalda. Por simple deducción, los disparos no pudieron ser hechos por los dos hombres, pues en ese caso, teniendo en

cuenta que Gaitán se hallaba entre los dos, forzosamente uno de los tres balazos le hubiera dado de frente, y los tres los recibió por la espalda, o sea, desde un solo costado. Así las cosas, yo, como historiador, de lo único que puedo estar seguro es de mis propias dudas. No puedo apartar de mi mente al hombre de carmelito, un individuo moreno, alto, de pelo ensortijado y con un vistoso lunar en la frente, al que detuvieron y en medio de la confusión se les voló o lo soltaron para echarle mano al que muchos señalaban como el asesino, el mismo que el pueblo terminó por linchar.

TUSQUETS
EDITORES

Sergio Casalis

Periodista. Hotel Granada. Habitación 305.

Me asomé al balcón extrañado por la tardanza de Regules, quien había quedado de pasar por mí para irnos a almorzar una vez terminadas las deliberaciones de la mañana en el Capitolio. Es algo que hacemos de vez en cuando desde nuestra llegada de Montevideo. La cita de hoy la habíamos acordado durante el descanso de la media mañana, una pausa que de ordinario aprovechamos para saborear un buen café, o tinto, como lo llaman en Bogotá. A esa hora dejé a Regules en el Capitolio porque yo debía pasar a recoger unos documentos en la embajada antes de mediodía. Ya en una ocasión, en circunstancias semejantes y más o menos a esta misma hora, al asomarme al balcón había visto a Regules parado en la acera de la iglesia de San Francisco a la espera de que pasaran los coches para atravesar la Séptima y entrar al hotel. Desde mi habitación, la última del ala sur en el tercer piso, disfruto de una vista espléndida sobre el cruce de la Jiménez con Séptima y puedo apreciar la perspectiva, así sea parcial, de las dos arterias: la Jiménez hacia el occidente y la Séptima, desde la Jiménez hacia el sur. Cito estos pormenores por la estrecha relación que guardan con el lugar donde ocurrieron los hechos a los cuales voy a referirme. Hechos de vital importancia para Colombia, teniendo en cuenta el enorme prestigio de la víctima, vale decir, el doctor Jorge Eliécer Gaitán, en el ámbito nacional y continental, y la trascendencia que adquieren en momentos en que los ojos del mundo entero están puestos sobre Colombia debido al desarrollo de la IX Conferencia Panamericana, evento que precisamente vine a cubrir desde Uruguay, como corresponsal del periódico *El Día*, viaje en el que he contando con la invaluable colaboración del presidente de la delegación uruguaya, el señor

Dardo Regules, amigo mío de vieja data. De más está decir que en esta profesión muchos de nuestros logros se los debemos al hecho casual, a veces milagroso, de pasar por una calle, de estar en un aeropuerto o de ir viajando en un ómnibus en el momento crucial en que se producen esos acontecimientos únicos, irrepetibles, históricos, que se convierten en fuente irremplazable de una gran noticia. Pero debo confesar que nunca antes, en mi vida de periodista, el azar me había brindado la oportunidad de ser testigo presencial de un atentado de semejante magnitud. Acababa de mirar mi reloj y me di cuenta de que ya era más de la una. Eso fue lo que hizo que me asomara al balcón a ver si de pronto divisaba a Regules en la acera de enfrente. Miraba el espectro del conjunto, coches, tranvías, peatones, voceadores de prensa, y sobre el tráfico callejero, considerablemente mermado a esa hora, oí algo como un estallido que no supe a qué atribuir, pero inmediatamente después sobrevino otro, y fue en ese momento, atravesado por una desbandada de palomas desde el campanario de la iglesia, que asocié los dos estallidos con disparos. Miré con detenimiento el entorno buscando su proveniencia. La realidad, para decirlo de alguna manera, parecía haberse congelado de tal forma que creí estar viendo una portentosa fotografía captada en el preciso instante en que la gente que transitaba por el cruce de las avenidas o sobre las aceras se había detenido con la mirada dirigida hacia un punto ubicado a mi izquierda, sobre la Séptima, hacia el sur, más allá de la Jiménez. Busqué con la mirada ese lugar, atraído por esa fuerza misteriosa que irradian ciertos sucesos inesperados que actúan como un poderoso imán, capturando nuestra atención en el instante en que se producen, y mis ojos tropezaron con un núcleo donde se producía el único movimiento de la calle. En la acera occidental, a no más de veinticinco metros de la esquina de la Jiménez, un hombre se tambaleaba con los brazos

levantados, como buscando aferrarse de algo para no caer, y en ese momento escuché un tercer disparo, pero mi atención, fija sobre la figura de aquel hombre, me impidió darme cuenta de dónde provenía ese disparo y menos quién de entre aquellos que lo rodeaban desde un lado y otro de la acera y desde el borde de la calzada lo había hecho, si es que se trataba de un disparo cercano y no hecho a distancia, desde la ventana o azotea de algún edificio o desde alguna esquina. Tal eventualidad hizo que me agachara para ponerme a salvo de alguna bala perdida, pero en este oficio no se miden los riesgos, y una vez parapetado tras el balcón, seguí en detalle el curso de aquellos acontecimientos como un soldado asomado al borde de su trinchera. Fue así como pude deducir que aquel disparo también había hecho blanco en el cuerpo del hombre, precipitando su caída de espaldas sobre la acera. A la vez, ese tercer impacto descongeló el movimiento que se había represado a su alrededor, pues muchos de los que se hallaban en medio de la calle retrocedieron y otros se fueron acercando con lentitud hacia esa acera y, simultáneamente, varios de los individuos que se encontraban más próximos al herido se movieron en distintas direcciones. Uno que estaba en la calzada, al borde del andén, la atravesó corriendo hacia la acera oriental, otro retrocedió desde el lugar del atentado hacia la Jiménez, y un tercer hombre, que permanecía en el quicio de la puerta del edificio frente al cual había caído la víctima, se lanzó a la acera un segundo antes de que la calle fuera remecida por el estampido de un cuarto disparo. Alcancé a ver a un par de gendarmes que forcejeaban en la esquina de la Jiménez con un sujeto que no era el mismo que yo había visto retroceder. Entré a mi cuarto, le eché mano a mi cámara fotográfica y bajé volando las escaleras. En el vestíbulo del hotel había una agitación enorme y muchos huéspedes y empleados habían salido a la puerta. No tuve que preguntar

nada. El comentario ya circulaba entre aquellas personas cuyas caras denotaban angustia, incredulidad y estupefacción: el herido era Gaitán, el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Del tumulto que había comenzado a crecer entre la Jiménez y la 14, aquí y allá, se escuchaba un solo grito: Mataron a Gaitán. Eché a correr y atravesé la Jiménez en diagonal, por entre gente que corría y vehículos y tranvías detenidos en medio de la calle, y cuando estaba por alcanzar la esquina suroccidental, uno de aquellos coches arrancó aparatosamente y me vi obligado a retroceder para esquivarlo, pero una vez recuperado el impulso que traía me confundí entre esa multitud. Aquello era el caos: gritos, conmoción, histeria alrededor de aquel cuerpo que se desangraba sobre la acera y ese grito angustioso que se oía pronunciado desde todas partes. Algunas personas auxiliaban al herido. Me acerqué a Gaitán, a quien nunca había conocido personalmente, y al verlo, tuve la funesta impresión de que agonizaba o ya estaba muerto. Lo fotografié en el momento en que varios hombres lo levantaban para trasladarlo a un taxi que arrancó a pitazos, haciendo que la muchedumbre se replegara en abanico para dejarlo pasar. Ahora había gente que lloraba arrodillada alrededor del charco de sangre en la que mojaban pañuelos, hundían las manos y se persignaban. Le fui sacando fotos a todo cuanto veía, no había necesidad de elegir, nunca había sido testigo de un suceso de tal naturaleza. Avancé por entre esos rostros llenos de dolor, de lágrimas, de rabia. Ahora los gendarmes tenían sujeto a otro individuo, un hombrecito insignificante, pálido, demacrado, que miraba a su alrededor con los ojos desorbitados de espanto. Uno de los gendarmes tenía un arma en las manos que supuse le acababan de quitar al recién detenido. Ellos y otros dos hombres pugnaban por protegerlo de esa turba enardecida que intentaba agredirlo. Alcancé a fotografiar a ese grupo mientras llevaban al hombre casi a rastras hasta

una farmacia cuyas rejas se cerraron una vez que lograron introducirlo allí adentro. El gentío se volcó sobre esas rejas, empezó a remecerlas y bastaron unos minutos para que fueran derribadas. Entonces un tropel, del que no se oían voces aisladas sino un rugido unísono, tan aterrador como el bramido de una bestia prehistórica, penetró en esa farmacia y volvió a salir con aquel hombrecito aterrorizado, con la cabeza y la cara y las manos chorreando sangre, al que golpeaban y siguieron golpeando mientras lo arrastraban por la calle en medio de una montonera de gente que se alejó por la Séptima hacia el sur gritando: A Palacio, a Palacio. Tomé esa foto y me di cuenta de que el rollo de mi máquina se había acabado y de que no llevaba otro en los bolsillos. Desistí de seguirlos y de regreso en el hotel encontré a Regules esperándome en la sala de recepción. El trabajo de las delegaciones se había alargado más de la cuenta. Tal había sido el motivo de su retraso. Pero lo grave había sido la funesta noticia del atentado. Esa noticia había desatado el desconcierto general entre las docenas de delegados que se hallaban concentrados en el Capitolio. De hecho, había interrumpido todas las actividades de las comisiones y subcomisiones que se adelantaban en los diversos salones precipitando la salida de las instalaciones del edificio. Las sesiones programadas para la tarde se habían cancelado. El desarrollo de la IX Conferencia había quedado suspendido temporalmente y la mayoría de los delegados se habían apresurado a marcharse en los automóviles que los esperaban estacionados en la plaza de Bolívar. Al ver el caos que se había desatado en la Séptima, Regules había optado por subir a la Sexta y hacer un rodeo para llegar a mi hotel. Mi amigo estaba consternado. Según me contó, por aquellos días había tenido el privilegio de conversar en un par de ocasiones con Gaitán, por quien profesaba una profunda admiración. Ni qué decir tiene que el banal asunto de

nuestro almuerzo ya no tuvo para nosotros la menor importancia. Lo que necesitábamos era un trago para atemperar los ánimos. En medio de la agitación reinante en el hotel y de la gritería que nos llegaba de afuera, nos dirigimos al bar. Después de comentar la gravedad de los sucesos al calor de un par de brandis, me despedí de Regules, subí a mi habitación por algunos rollos para la cámara y volví a salir a la calle.

TUSQUETS
EDITORES

Carlos Julio Cifuentes

Tranviario. Parque Santander.

Acababa de arrancar de San Francisco en ruta a la avenida Chile y no había alcanzado a recorrer ni una cuadra cuando los pasajeros me hicieron parar el tranvía porque habían oído unos disparos y veían correr gente en la esquina de la avenida Jiménez con Séptima. Yo no había oído ni visto nada, porque iba con la atención puesta en el mando de la máquina. Pero el caso es que la gente que viajaba en el tranvía se bajó y echó a correr para ese lado. Asomé la cabeza por la ventanilla. Por lo que pude oír, los tiros habían sido hechos entre la Jiménez y la 14. Apagué el encendido del tranvía y eché a correr detrás de los pasajeros, seguido por un tropel que venía de la calle 16, mientras otros corrían desde el parque Santander o salían en estampida del hotel Granada y de la iglesia de San Francisco. Cuando llegué a la Jiménez, vi que muchos bajaban o subían alcanzando la Séptima. Me detuve en el atrio de la iglesia. En ese momento ya se había formado un tumulto frente a la sombrerería San Francisco y alcancé a ver el cuerpo de un hombre tendido en la acera. Me disponía a cruzar la avenida cuando un grito me paralizó las piernas: Mataron a Gaitán. Vi las llaves del encendido a mis pies, pero el cuerpo no me dio para agacharme a recogerlas. Otros gritos lanzados desde aquella misma cuadra repitieron una y otra vez esas mismas palabras, y la gente seguía llegando de un lado y otro a las carreras. En un abrir y cerrar de ojos, la cuadra fue invadida por una muchedumbre llamada por ese lamento estentóreo que repercutía a lo largo de la Séptima y se amplificaba hacia arriba y hacia abajo de la Jiménez. Sentí que alguien me agarraba por el brazo y al volver la mirada vi al padre González con la mano extendida ofreciéndome las llaves. Le di las gracias. Conocía al

vicario de San Francisco, pues no en vano la estación del tranvía queda frente a su iglesia. No se quede aquí, venga conmigo, me dijo, y me fue conduciendo al interior de la iglesia, cuyas enormes puertas el sacristán y dos monaguillos se ocupaban de cerrar en esos momentos. Me quité la gorra y lo seguí. Mientras avanzábamos por el centro de la nave, dos sacerdotes atravesaron el altar mayor con pasos precipitados, los reconocí, a pesar de que era la primera vez que los veía vestidos de civil. Enseguida otro, de sotana, atravesó el altar en sentido contrario pero llevado por el mismo afán. El padre González me llevó por un amplio pasillo al fondo de la iglesia y me hizo seguir a una oficina recargada de ornamentos litúrgicos. Lo hice entrar porque allá afuera corremos peligro, me dijo en un susurro, y alcancé a percibir en su aliento el mismo vaho, como de incienso trasnochado, que emanaba de todos los rincones de la iglesia. Tomémonos un tinto y esperemos en calma, dijo. Abrió un termo que estaba sobre el escritorio y sirvió café en dos pocillos diminutos. ¿Cuántas de azúcar?, me preguntó. Yo estaba tan asombrado frente a la tranquilidad del cura que casi no puedo abrir la boca. Media, padre, le dije, calculando con la mirada la escasa cantidad de café que cabía en aquellos pocillos. Tomamos asiento. El primer sorbo me soltó la lengua. Padre, cómo es posible que hayan matado a Gaitán, todavía no puedo creerlo. Esto se veía venir, el hombre labra su propio destino. Estas calamidades no deben sorprendernos, dijo pausadamente. Estaba por decirle que yo sí me encontraba, no sólo sorprendido, sino conmocionado por el anuncio a gritos de la muerte de Gaitán, cuando vi entrar al sacristán, a quien ya había saludado al llegar a la iglesia. Padre, vengo de la calle, acaban de llevarse al doctor Gaitán para una clínica, dijo visiblemente angustiado. ¿Cómo?, preguntó el padre González, ¿acaso no se había muerto? No, está mortalmente herido, pero, según

oí decir, ya no hay esperanzas. Allá afuera se armó la de Dios es Cristo, remató, y volvió a salir de la oficina. El padre González se levantó, se hincó frente a un pequeño crucifijo colgado en la pared y después de persignarse comenzó a caminar del escritorio a la puerta con la mirada clavada en el piso. Parecía más preocupado ahora, con las noticias del sacristán, que unos minutos antes, mientras saboreaba su café en completo reposo conmigo, como si estuviéramos de visita. Me levanté. Padre, yo me tengo que ir, dejé mi tranvía estacionado aquí cerca, frente al parque Santander. No salga, Cifuentes, Dios velará por ese tranvía. ¿No oyó lo que dijo el sacristán? Recemos, hijo, recemos. Volvió a sentarse, se entrelazó las manos, agachó la cabeza y empezó a murmurar rezando para adentro. Yo también volví a mi asiento, por seguirle la cuerda, pero sin mascullar ninguna oración. Lo menos que deseaba hacer en aquellos momentos era ponerme a rezar. Así fueron pasando los minutos en medio de un silencio de liturgia acompasado por los apagados murmullos del cura, que a todas estas yo no sabía si estaba rezando por la salvación de Gaitán o rogándole a Dios para que el caudillo falleciera. El reloj de pared dio las dos, y minutos después volvió a entrar el sacristán. Ha muerto, padre, fue todo lo que dijo, y volvió a retirarse. El padre González interrumpió sus oraciones. Voy a ver al párroco, no me demoro. Al ver que me levantaba de mi asiento, me dijo: Si quiere puede irse, pero no le aconsejo que lo haga todavía. Quédese aquí, en la casa de Dios. Tome, añadió, alcanzándome un voluminoso tomo de la Biblia y abriéndolo en una página señalada con una cintilla, usted, que es un hombre cultivado, reflexione sobre este pasaje mientras yo vuelvo. Me quedé solo, y sin darme cuenta dejé resbalar la mirada sobre aquella página que comenzaba así: «Palabras del Predicador, hijo de David, rey de Jerusalén. Vanidad de vanidades, dijo el Predicador, todo es vani-

dad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? Generación va y generación viene, mas la tierra siempre permanece. Sale el sol y se pone el sol, y se apresura a volver al lugar de donde se levanta. El viento tira hacia el sur y rodea al norte, va girando de continuo, y a sus giros vuelve el viento de nuevo. Los ríos todos van al mar y el mar no se llena. Al lugar de donde los ríos vinieron, allí vuelven para correr de nuevo». De pronto me entró tal coraje que cerré la Biblia y la tiré sobre el escritorio. ¿Qué estaba haciendo yo encerrado en aquel lugar? No lo pensé más. Me devolví por donde había venido en busca de alguien que me indicara por dónde salir a la calle, a sabiendas de que las puertas del templo estaban cerradas. Lo recorrí de un lado a otro sin toparme con nadie, abrí puertas que daban a aposentos vacíos, recorrí corredores que conducían a otros corredores o a recovecos oscuros de donde se desprendían pasillos interminables con puertas a lado y lado que se abrían a pequeñas celdas. Regresé, y estaba otra vez en la nave central llamando a gritos al padre González, cuando salieron a mi encuentro los dos monaguillos que había visto al entrar. Cálmesese, señor, cálmesese, me dijo uno de ellos, el padre González está reunido con el señor cura párroco y otros sacerdotes en el despacho parroquial. Quiero salir de aquí, dije alzando la voz, con la intención de que González me oyera estuviera donde estuviera. No lo van a oír, venga con nosotros, lo sacaremos por la puerta que da a la carrera Séptima, dijo el otro muchacho. Me llevaron ante una pequeña puerta asegurada con candados y cerrojos a la enorme puerta lateral de la iglesia. Uno de ellos sacó un manojito de llaves y abrió los candados, mientras el otro recorría los cerrojos, y al ver la puerta abierta salí afanosamente a la acera. La gente corría gritando en dirección a la Jiménez. Pero eso a mí ni me iba ni me venía, porque lo que llamó mi atención al transponer aquella maldita

puerta fue ver que mi tranvía, el que había dejado abandonado por irme de novelero a buscar lo que no se me había perdido, ardía como una antorcha gigantesca frente a la mirada impávida del general Santander.

TUSQUETS
EDITORES

Celso Rodríguez

Taxista. Clínica Central.

Yo subía por la Jiménez buscando carrera. De pronto vi un tumulto en la esquina de la Séptima y la gente me hacía señas urgentes para que doblara hacia la 14 y me abrieron camino. La cogí en contravía porque me di cuenta de que se trataba de algo grave. Mientras tanto oí que gritaban: Mataron a Gaitán. Al oír esos gritos se me soltaron las manos de la cabrilla. Menos mal que iba despacio y me despabilé a tiempo para no atropellar a nadie. Entonces me hicieron orillar y vi a un hombre tirado en la acera, en medio de un charco de sangre. Era el doctor Gaitán. Entre varios señores lo levantaron y lo subieron al taxi. A la Clínica Central, gritaban todos. Tres se acomodaron con él atrás, uno a cada lado, sosteniéndole la cabeza y las piernas, y el otro arrodillado en el piso del carro. Dos más se subieron adelante. Gaitán sangraba. A mí me pareció que ya estaba muerto. A la Clínica Central, me dijeron. Arranqué por la Séptima. El gentío era impresionante. ¿Qué fue lo que pasó?, pregunté. Lo abalearon, me dijo el señor que llevaba a mi lado. Acelere, acelere, gritaban los de atrás. Yo no me acordaba dónde quedaba esa clínica. Suba por la 12, me gritaban todos. Me temo que ya no hay nada que hacer, dijo el señor que iba sosteniéndole la cabeza. Subí por la 12. Vi gente bajando por la calle. Otros subían. Todo el mundo corría. Había gente parada en las puertas de las casas y de los almacenes mirando hacia la Séptima. Dos cuadras arriba llegamos a la clínica. Varias personas esperaban en la puerta, civiles, un médico, dos enfermeras. Los reconocí por las batas blancas que llevaban puestas. Detuve el taxi. Es el doctor Gaitán, está gravemente herido, gritó por la ventanilla uno de los de atrás. Mientras lo bajaban sacaron una camilla y lo tendieron y entraron con él a la clínica.

Muchos que habían corrido detrás del carro estaban llegando y se aglomeraron a la entrada, porque ya habían cerrado la puerta. Yo no sabía qué hacer, si quedarme por si me necesitaban para algo o arrancar. La gente rodeaba el carro frente a la puerta. Pensé que lo mejor era irme porque ahí lo único que hacía era estorbo. La cojinería del asiento de atrás y el piso del carro estaban llenos de sangre. Era la sangre derramada por Gaitán. Decidí que no iba a limpiarla, que iba a dejar mi taxi así para toda la vida.

TUSQUETS
EDITORES

Justiniano Pedraza

Electricista. Eléctricos El Lamparazo. Plaza de Ayacucho.

Yo trabajo aquí. Yo a usted le arreglo la plancha, el enchufe, cualquier tipo de lámpara por vaciada que me la traiga. También me buscan para ir al vecindario. Me toca revolver en cuadro porque con lo que gano apenas me alcanza para espantar el hambre. Y eso que no soy casado, ni tengo hijos, ni nadie a quien mantener. Las salidas me gustan porque a veces uno da con buena gente y si le dan las doce en una casa le van sirviendo su plato de mazamorra y uno se ahorra lo del almuerzo. Pero así como hay gente más buena que el pan, hay otra más mala que la lepra. A la hora de pagar no encuentran la plata, o dicen que les parece muy caro y toca rebajar para salir con algo en el bolsillo. En esas me la paso. Precisamente le estaba cambiando el cable a una plancha, porque la gente es muy bruta y todavía no sabe usar estas vainas. Son General Electric, traídas de los Estados Unidos, pero las desenchufan jalándolas del cable y por eso se las tiran. La tecnología les puede. Se quedaron en las de carbón. Digo que le estaba cambiando el cable a una General mientras oía el radio, porque a mí me gusta oír radio mientras trabajo, o sea todo el día, y voy cambiando de emisora para sintonizar los programas que me gustan, boleros, entrevistas, concursos, pero a la una en punto, todos los días, no me pierdo el radioperiódico «Últimas Noticias», que dirige y transmite Rómulo Guzmán, conocido jefe gaitanista, y era más de la una, como la una y cuarto, y Guzmán se estaba refiriendo a la entrevista de un godo de alto turmequé, un doctor Silvio Villegas, pero el que hablaba no era Villegas, sino el mismo Guzmán diciendo con su peculiar ironía lo que había dicho el tal Villegas en esa entrevista: «El anticomunismo no puede ser sólo un erguido aspaviento idiomático, ni una actitud literaria de

empenachada bazaría frente al imperialismo soviético, sino que debe ser una acción cristiana intrépidamente realista para hacer regresar las masas proletarias a sus centros de gravedad, a los pendones de la ideología católica, a los principios de la Iglesia y a la tutela redentora de Jesucristo». Hasta aquí Guzmán, y yo estaba echando cabeza a ver si entendía la jerigonza del doctor Villegas, pero fue decir Jesucristo y el radio se quedó mudo, y yo pensé que se había ido la luz, pero no, porque empezaron a sentirse unos ruidos extraños en la emisora, hasta que se silenciaron y volvió a oírse la voz de Guzmán diciendo a grito pelado: «Atención, atención, noticia de última hora, el doctor Jorge Eliécer Gaitán acaba de ser víctima de un atentado al salir de su oficina. Un fanático le ha disparado cuatro tiros de revólver. El caudillo del pueblo ha sido trasladado a la Clínica Central, donde se hacen desesperados esfuerzos para salvarle la vida. Seguiremos informando». Así lo dijo, así lo fue soltando, como una bomba. Lo dejé hablando solo, le eché candado a la puerta y salí corriendo por la carrera Octava detrás de algunos que ya me llevaban la delantera y seguido por otros, mientras las noticias seguían oyéndose a través de las ventanas abiertas de muchas casas cuyos inquilinos salían desbocados a la calle gritando que habían matado a Gaitán. Cuando llegué a la plaza de Bolívar, vi gente llegando por todas las esquinas, pero nadie se quedó ahí, todo el mundo seguía para la Jiménez. Atravesé la plaza, y al llegar a la esquina de la Séptima con 11, vi un gran tumulto tres cuadras más adelante. Todos corrimos hacia allá, y todos éramos muchos, cien, doscientos, más esa muchedumbre que llenaba la calle, entre la 14 y la Jiménez. Sólo cuando llegué a la 14 me vine a dar cuenta que todavía llevaba el cable de la plancha agarrado en la mano.

Zoraida Peña

Empleada. Floristería La Rosa Blanca. La Candelaria.

Yo estaba lista a llevar dos pedidos, un ramo de rosas a una señora que vive aquí cerca, por encargo del marido, y otro muy recomendado para doña Bertha Hernández de Ospina, en el Palacio de Nariño, un lindo ramillete de orquídeas enviado por el señor Rómulo Betancourt, presidente de la delegación de Venezuela a la IX Conferencia Panamericana. La dueña me estaba acomodando los ramos en los brazos cuando oímos un bochinche en la calle. Nos asomamos y vimos mucha gente que llegaba a la esquina de la 13 gritando que habían matado al doctor Gaitán. Yo corrí hasta esa esquina sin darme cuenta que llevaba cargados los pedidos mientras la dueña me gritaba que tuviera cuidado. Los que subían se chocaban con los que bajaban, que eran muchísimos, y uno de ellos, sin darme tiempo de reaccionar, me rapó los dos ramos de las manos y al ver la tarjeta del ramillete de orquídeas se la mostró a los que pasaban y empezó a gritar que le estaban mandando flores a la esposa del asesino de Gaitán, que fueran todos a llevárselas personalmente al Palacio. A mí me dio miedo, porque me miraban con un odio espantoso, y cuando echaron a correr calle abajo con los ramos yo también corrí para la floristería a decirle a la dueña que me los habían robado, pero ella ya se había dado cuenta porque estaba parada en la puerta y me tranquilizó y me dijo que entráramos y cerráramos el negocio. Entonces unos hombres que venían pasando por la acera, al vernos solas en la puerta trataron de meterse, y la dueña, muy asustada, se entró y sacó una brazada de flores y se las repartió y ellos se fueron gritando por la calle que en la floristería estábamos regalando flores, y ahí mismo comenzó a llover gente, hasta niños llegaron a la puerta, y la dueña siguió sacando y repartiendo

rosas, anturios, claveles, azucenas, lirios, crisantemos, margaritas, de todo lo que había en el local, hasta unas coronas que habían encargado para un entierro, y todo eso se lo llevaron, y cuando al fin pudimos entrarnos y cerrar la puerta, de todo el surtido de la floristería sólo quedaba un reguero de hojas y pétalos desparrramados por el piso.

TUSQUETS
EDITORES